

## DEBATE

IVÁN TORRIJOS  
UAM Unidad Iztapalapa  
ivantorrijos@gmail.com

Han pasado más de dos siglos desde que empezó a institucionalizarse la geografía humana, ciencia social cuyo enfoque es el estudio del espacio y la relación de éste con la humanidad. El mundo de hoy ya no es el mismo de entonces, de ahí la necesidad de hacer un alto en el camino para mirar al pasado, entender el presente y pensar el futuro, objetivo que persigue implícitamente el *Tratado de geografía humana* –editado por Anthropos y la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa–. Alicia Lindón y Daniel Hiernaux son los directores de este proyecto mediante el cual se pudo reunir el trabajo de diferentes autores que, en diversos rincones del planeta, mantienen vivos los estudios geográficos.

El *Tratado* es una especie de panóptico desde el cual se pueden mirar los distintos campos que forman parte de la geografía humana: la geografía regional, histórica, económica, rural, urbana, cultural, de género, de la vida cotidiana, etcétera. Algunos son de raigambre y otros han surgido durante las tres últimas décadas. Los campos *tradicionales* y los *emergentes* –como son llamados en el *Tratado*– no están separados en el sentido de “viejo-nuevo”, sino que en cada capítulo se mencionan antecedentes para luego vincularlos con el presente. Con esa lógica se organizan los textos que, a su vez, dialogan entre sí. Se podría decir de otra manera: el *Tratado* proyecta una especie de película en la que se conjuga el quehacer geográfico y su recorrido histórico.

Un aspecto central de la obra es que enlaza a la comunidad científica de Iberoamérica y la fortifica como una tercera tradición geográfica que adquiere forma propia y se impulsa a partir de las tradiciones anglosajona y francófona. El resultado es un libro que se inserta en los referentes de consulta de todo aquel interesado en el tema del espacio, pero, sobre todo, es de excepcional ayuda para estudiantes, académicos y profesionistas latinoamericanos e iberoamericanos.

La introducción del *Tratado*, escrita por Lindón y Hiernaux, es útil e ilustrativa y da cuenta de que en este tercer milenio se viene afianzando una fuerte conciencia espacial

en los discursos de las ciencias sociales, que suelen utilizar en sus investigaciones conceptos como *espacio* y *territorio* (p. 8). De ahí la necesidad de tener un acercamiento entre disciplinas, con el fin de entender cuál es el significado de los conceptos que utiliza cada una. El *Tratado* se torna así una puerta de entrada a ese diálogo transdisciplinario.

Por otra parte, en varios capítulos se muestra que las teorías macro de carácter integrador están siendo remplazadas progresivamente por otras que ponen mayor acento en el sujeto, lo local o el lugar. De este modo se reconocen nuevas perspectivas y metodologías que no habían sido contempladas antes por el afán del cientificismo nomotético generado en la disciplina, sobre todo a mediados del siglo pasado. Los autores hacen ver que los enfoques objetivo-positivistas se encuentran hoy cuestionados seriamente por otros de tipo más subjetivo-hermenéuticos, que incorporan el análisis y no sólo la descripción de hechos físicos y sociales, y que abren la puerta para considerar dimensiones que no relevan sólo la materialidad de los procesos geográficos.

La *revolución cuantitativa* de mediados del siglo xx fue una etapa histórica que resuena en los textos de varios autores que escriben en esta obra. Se trata de un tiempo en el que empezaron a manifestarse “corrientes analíticas partidarias de una concepción nomotética de la disciplina” (p. 31). La economía gozaba de prestigio entre las ciencias sociales del momento y el deseo de algunos geógrafos “de estar practicando una alternativa ‘verdaderamente científica’” (p. 35) abrió paso al uso de modelos y técnicas matemáticas para explicar la realidad. El dominio del positivismo se hizo presente en los estudios de tipo regional, rural, urbano, económico, cultural, turístico, etcétera.

Quienes participan en el *Tratado*, sean los coordinadores o los propios autores, evidencian que el discurso posmoderno tiene una gran influencia en la geografía humana actual y ha propiciado que la disciplina incorporara en sus estudios temas como el de género, la vida cotidiana y el lenguaje, entre otros. El posmodernismo ha logrado abrirse paso también en los campos tradicionales como el rural, el urbano o el regional; además, al haberse articulado con otros planteamientos surgidos desde las geografías radicales, neomarxistas, el humanismo, la fenomenología o el existencialismo, se promueve vigorosamente la crisis de los paradigmas tradicionales de interpretación y a su vez se reconocen metodologías de carácter cualitativo como potentes herramientas para el trabajo de investigación geográfica científica.

El *giro cultural* geográfico y el *giro geográfico* de las ciencias sociales son dos de los temas que fluyen a través de las páginas del *Tratado*. El primero se refiere a nuevas orientaciones relacionadas con las temáticas, perspectivas y metodologías que renuevan toda la geografía humana en aras del análisis más que de la descripción. El segundo está relacionado con las distintas ciencias sociales y remite a su interés hacia el objeto de estudio de la geografía: el *espacio*. Se trata entonces de un enriquecimiento de la disciplina que proviene tanto del interior como del exterior.

A continuación mencionaré algunos aspectos que interesa rescatar de cada capítulo. En aquel dedicado a la geografía regional, Jacobo García Álvarez establece que desde hace 20 años existe un renacer de este campo. Primero nos pone en antecedentes históricos y posteriormente explica con detalle las causas que han propiciado la renovada importancia de lo local y lo regional, entre las cuales se encuentran una sociedad urbana cada vez más nómada y con demanda de información geográfica sobre países y territorios; las respuestas locales y regionales ante las crisis económicas; los estímulos de tipo político e ideológico; la valoración de la “diferencia” que es resultado, en gran medida, del ideario filosófico posmoderno; etcétera (pp. 25-27). Este autor resalta que la globalización impulsó un amplio interés por el tema de las escalas regionales, la cultura y la identidad (p. 57). Además, considera que las relecturas de la tradición clásica y las nuevas propuestas regionales recuperan dimensiones culturales que van desde reintroducir el papel del sujeto como objeto de estudio geográfico o reivindicar la subjetividad del investigador hasta valorar las cualidades narrativas (p. 36). Concluye el apartado con una invitación a utilizar la geografía para reducir conflictos como las guerras, problemas como el hambre o la pobreza, o amenazas como las que se derivan de la explotación de la naturaleza.

La geografía urbana es tratada en dos capítulos de la obra, lo cual se justifica porque –a decir de los coordinadores– hay una tendencia a la urbanización en toda la superficie terrestre, que repercute “sobre todas las formas de organización y estructuración del espacio geográfico” y, en consecuencia, sobre la producción de conocimiento especializado en torno al fenómeno urbano (p. 18).

Uno de los capítulos en el campo de lo urbano fue escrito por Carles Carreras y Aurora García Ballesteros quienes afirman que, en comparación con otras ciencias sociales, existe un retraso de la geografía en el estudio de la ciudad, posiblemente derivado de la costumbre hacia los enfoques naturalistas característicos de la investigación realizada en el siglo XIX (p. 84). A pesar de ello, los autores muestran que la geografía urbana es hoy una de las grandes especialidades dentro de la geografía humana y que predominan en sus estudios: *a)* los temas de *la ciudad*, es decir, temas con relación a lo morfológico, la organización del espacio interno, la distribución de los valores del suelo, etcétera; *b)* las preocupaciones ambientalistas, como las transformaciones antropogénicas locales del clima, el “reverdecimiento” del ámbito urbano, las políticas de sostenibilidad, etcétera (p. 89); *c)* los temas relacionados con los nuevos conflictos sociales, como las minorías étnicas, las diferencias de género y grupos de edad, las personas sin techo, la inseguridad ciudadana y la gentrificación; *d)* y los paisajes urbanos e imágenes de la ciudad. Además de todo lo anterior, hay un efervescente interés por las economías urbanas y los estudios de tipo cultural, estos últimos, de mayor expansión en la actualidad (p. 90).

El otro capítulo del *Tratado* en torno a la geografía urbana se enfoca al ámbito latinoamericano. Lindón y Hiernaux presentan un trabajo de investigación que revela datos sustanciales sobre la geografía académica realizada en latitudes como Brasil, México,

Argentina, Venezuela y Chile (pp. 96-99). Se puede leer que para los años sesenta-setenta la disciplina se había posicionado en las humanidades en casi todos los países de Latinoamérica (p. 100). Según los autores, actualmente la geografía urbana latinoamericana pasa por una fase de maduración y expansión considerable (p. 117), que se vuelve autónoma por el hecho de atender problemáticas específicas y brindar tratamientos originales, y que se enriquece al adoptar los aportes de las nuevas herramientas puestas a disposición por la tecnología actual, como la Internet, que permite el acceso a la producción internacional y sirve a su vez para difundir el conocimiento generado en América Latina (p. 117). Los temas desarrollados en el artículo son las ciudades medias o intermedias; la desindustrialización de las ciudades y la refuncionalización urbana; los barrios cerrados, amurallados y medievalizados; los espacios de la pobreza urbana; los imaginarios urbanos; la gentrificación y la suburbanización; el patrimonio urbano y la memoria de la ciudad; la gobernabilidad de las ciudades y el poder espacializado (pp. 113-116).

Ahora bien, considero importante que se haya incluido en el *Tratado* un apartado correspondiente a la geografía rural, aunque debo mencionar que se presenta de manera sucinta. El autor, Ángel Paniagua, explica a lo largo del capítulo que esa temática estuvo ligada a la geografía regional hasta los años sesenta. Luego fue marcada por el positivismo y el estructuralismo y, desde hace dos décadas, recibe la influencia de las corrientes ambientales y ético-reflexivas. No obstante que el mismo Paniagua explica que es difícil encasillar muchos trabajos en una sola tendencia, logra sintetizar los principales ejes vertebradores de la evolución geográfica rural (pp. 71-81).

Rocío Rosales Ortega dedica su trabajo a la geografía económica y plantea que hoy en día este campo incorpora una visión del espacio como construcción social, lo que favorece el diálogo con la sociología, la economía o la ciencia política. Señala que la reflexión teórica de hoy se ha vuelto más crítica respecto a “explicaciones unilineales, estáticas y simplificadoras de la relación entre espacio, economía y sociedad” (p. 143). Además, apunta que en la actualidad aflora una nueva metodología geográfica no exclusivamente inductiva o deductiva sino más bien dinámica, como la llamada *abducción* o *transducción* (p. 144).

Por su parte, Cristóbal Mendoza pasa revista a la geografía de la población, desde sus inicios en los años cincuenta del siglo pasado hasta nuestros días. Observa que las riendas de este campo han sido dirigidas por el análisis estadístico de patrones demográficos y de bases de datos georreferenciadas. Por ello, considera necesario visibilizar nuevos sujetos demográficos, individuos y hogares que no tienen nada que ver con esa demografía de corte tradicional que contempla tan sólo variables como sexo, edad o lugar de residencia (p. 164). El autor da cuenta de que a mediados de los noventa comienzan a reivindicarse los temas de la identidad personal y colectiva, con lo que se avanza en la perspectiva de analizar sociedades más complejas y cambiantes.

En el capítulo ocho, Pedro Castro explica las diferencias entre geopolítica 1) en cuanto disciplina y 2) en cuanto cualidad de la fuerza (p. 187). En concreto, recurre al análisis

del pensamiento geopolítico en América Latina con énfasis en Brasil, Argentina y Chile. Destaca que, gracias a planteamientos de la geografía política crítica, se han incorporado en este campo temas con relación a la globalización, los flujos internacionales de personas, la defensa de las fronteras, los derechos humanos, etcétera.

Joan Nogué escribe sobre la geografía política y observa que en la actualidad el tema del Estado, que había sido la piedra angular del campo, ya no lo es. Los intereses se desbordan hacia tópicos como el nacionalismo, el paisaje (como elemento identitario), la alteridad o la dialéctica local/global (p. 202).

Federico Fernández Christlieb se concentra en la geografía cultural y la concibe como una manera de ver el mundo: “no sólo se estudian los aspectos culturales del espacio sino también el espacio visto a través de los cristales de las diferentes culturas” (p. 220). Este campo de la geografía estudia el espacio con sus componentes naturales y también la actividad de los grupos sociales a lo largo del tiempo. El capítulo muestra que –paradójicamente– el cambio de dirección hacia lo cultural en geografía regresa a la disciplina a las bases de la filosofía clásica alemana que surgió con el romanticismo y la curiosidad por el *otro*. En este apartado se hace un interesante balance histórico y se destaca el tema del giro cultural que ha permitido salir de la visión eurocéntrica para descubrir en su lugar otras maneras de vivir y entender el mundo (p. 229). Christlieb finaliza de forma loable ya que, en lugar de redundar en lo dicho a lo largo de su texto, enumera diez prioridades útiles para tener en cuenta al realizar estudios de geografía cultural (p. 244).

En el capítulo once, titulado “Geografía y paisaje”, Marina Frolova y Georges Bertrand tocan el tema del paisaje y lo consideran uno de los conceptos “integradores” de la geografía medioambiental (p. 257), pues abarca tanto la realidad geográfica natural como la humana. Los autores critican que en geografía física se hayan acumulado retrasos en cuanto a la reflexión epistemológica y metodológica de la disciplina. En otras palabras, que los geógrafos físicos no se hayan incorporado al desarrollo filosófico de la ciencia en general y realicen aún estudios detallados y reduccionistas (p. 267).

Jacques Lévy escribe en el *Tratado* de manera rica y reflexiva acerca de la mundialización e invita a considerarla un objeto geográfico de importancia para la geografía humana toda vez que trata sobre la dinámica global del mundo y “del planeta Tierra como planeta habitado” (p. 273). Lévy señala que para entender lo que ocurre en la escala mundial hay que escuchar y observar la racionalidad de los actores: migrantes y turistas sobre todo, porque son ellos los que más han hecho cambiar el paisaje de los flujos que se realizan por toda la Tierra (p. 276). Este autor hace una diferenciación entre Tierra como realidad biofísica y Mundo como realidad social (p. 277). Asimismo nos transporta a un pasado remoto sobre la invención del *Mundo* en seis momentos diferentes hasta llegar a la mundialización contemporánea, en la que hemos creado un sistema unificado o una escala global que, a pesar de todo, no borra los lugares de escalas inferiores.

De ahí que proponga una “geografía mundial de los lugares”, es decir, que invite a pensar de manera conjunta tanto lo universal como lo particular.

Un tema emergente en geografía es el que está relacionado con el consumo. Carreras y García Ballesteros escriben sobre él en el capítulo 14, y muestran que este asunto puede ser examinado no sólo del lado económico-político sino también en sus relaciones sociales y en lo que respecta a sus contenidos culturales (p. 328). Plantean que la globalización no ha logrado un proceso de homogenización de los mercados ni de los consumidores, por el contrario, en los últimos años se observa que hay una reivindicación de las culturas populares locales. Sin embargo, es claro que existen interconexiones entre fuerzas globales y particularidades locales, las cuales son, o deberían ser, objeto de estudio geográfico toda vez que “alteran las relaciones entre la identidad, el significado y el lugar” (p. 329). Otros temas a investigar en este campo son las nuevas formas de exclusión socioespacial en relación con el consumo, las formas de venta o de comercio, los cambios en las pautas de consumo, etcétera. Los autores insisten que la escala de los lugares y de lo cotidiano adopta siempre tiempos y formas de carácter propio (p. 332).

La geografía de la vida cotidiana se interesa fundamentalmente por el punto de vista del sujeto habitante y es otro de los terrenos emergentes que han sido incluidos en el *Tratado de geografía humana*. Pese a que la temática de la vida cotidiana no está consolidada por completo en el interior de la disciplina, ha logrado inducir una reflexión profunda sobre conceptos básicos como espacio y lugar (p. 391). Lindón habla acerca de ello en el capítulo 16, buscando integrar diferentes trabajos que se han efectuado en sintonía con este campo todavía en pleno desarrollo. Lindón expone que la vida cotidiana no sólo es urbana sino también rural y que lo cultural es parte de ella, “al igual que lo político, la condición de género, el turismo...” (p. 356); es decir, es “transversal a casi todas las otras geografías” (p. 357). En el capítulo se puede encontrar una interesante reconstrucción histórica del campo, que valoriza las aportaciones de precursores destacados como Eric Dardel, John Wright o David Lowenthal. La autora prosigue su recorrido revisando a otros autores que han hecho aportaciones centrales para las geografías de la vida cotidiana como Torsten Hägerstrand de la Escuela de Lund, quien a través de la llamada *Time Geography* tuvo en cuenta las identidades de las personas en lo que respecta a sus patrones de movilidad (p. 363). El apartado incorpora de igual manera a las geografías comportamentales y cognitivas; a aquellos autores que en los ochenta y noventa asumieron (desde el existencialismo, la fenomenología o las humanidades) una posición clara con relación a las geografías de la vida cotidiana. Cabe destacar que la autora ofrece una lúcida presentación de temas centrales en la geografía de la vida cotidiana como las *prácticas*; la información espacial que el sujeto posee; la subjetividad y la experiencia espacial.

Daniel Hiernaux se acerca a la geografía del turismo a partir del estudio de lo que han producido los geógrafos en este terreno que él considera emergente y en proceso,

no de consolidación sino de reorientación (p. 403). Hiernaux analiza el tema del turismo en distintos momentos históricos que van desde el *Grand Tour* del siglo XVII, pasando por la democratización del turismo en la segunda mitad del siglo XIX (con el desarrollo de vías de comunicación y medios de transporte), hasta la Segunda Guerra Mundial y la época actual. En su recorrido, incorpora las posiciones teórico-metodológicas asumidas por diversos autores en el estudio geográfico del turismo desde los análisis estructurales y la propuesta de modelos explicativos hasta los estudios culturales que se alejan de las visiones positivistas y dan mayor centralidad al individuo e incluso al cuerpo (pp. 420-422). El capítulo sirve también para esclarecer definiciones sobre conceptos relacionados con el tema del turismo.

En el *Tratado* se incluyen otras temáticas por demás relevantes como el *desarrollo local*, analizado por Juan-Luis Klein, quien considera al territorio una “plataforma de lanzamiento de iniciativas, de proyectos y de acciones colectivas” (p. 316); o como el capítulo de María Dolors García Ramon, que analiza el campo de la *geografía de género*, que debate con la propia disciplina la tendencia a ver a la sociedad y al territorio como un conjunto neutro, asexuado y homogéneo (p. 349). Otro tema interesante es el de *espacio y lenguaje*. En el capítulo de Lorenza Mondada se explica con nitidez que el lenguaje está vinculado con la acción social, la cual produce una visión de la descripción espacial o el modelado del espacio (p. 455). En el *Tratado* se incluye además el tema de la *literatura*, desarrollado por Bertrand Lévy, en donde pueden encontrarse explicaciones sobre la relación entre el “hombre y la tierra” (p. 476). La *geografía de las religiones* (Jean-Bernard Racine y Olivier Walther) aparece en el capítulo 20, que es bastante ilustrativo sobre el hecho de que lo religioso es un componente obligatorio en el análisis socioespacial (p. 500). “*Geografía y violencia urbana*”, capítulo a cargo de Felipe Hernando Sanz, es un campo que, si bien es emergente, se ha ido construyendo a partir diversos estudios con orientación geográfica que se refieren a la localización de actos delictivos pero también a explicaciones de tipo social, demográfico, económico, histórico, etcétera (p. 506). Otro tópico de reciente introducción a la geografía es el *ciberespacio*, trabajado por Liliana López Levi, quien expone que esta área ha venido a replantear temas como el cuerpo, la sexualidad, la identidad, la comunidad, el tiempo y, por supuesto, el espacio, que genera nuevas estructuras y reglas que no obedecen a una geometría euclidiana (p. 551).

Para finalizar, es importante decir que, además de los campos tradicionales y emergentes descritos en los párrafos anteriores, el *Tratado* cuenta con una última sección sobre el ejercicio profesional de la geografía, que por falta de tiempo no podré reseñar con detalle. En esta sección, los autores tratan cuestiones relacionadas con el *ejercicio profesional del geógrafo*: cartografía (Silvia Quintero), los Sistemas de Información Geográfica (SIG) (Gustavo Buzai), el ordenamiento territorial (Luis Felipe Cabrales) y la enseñanza de la geografía (Bernadette Merenne). En términos generales, los autores consideran que es necesario un diálogo entre lo académico y lo profesional para vincular a su vez

procedimientos geográficos que implican diseño, automatización, planificación, instrumentación, tecnificación... con la propia teoría geográfica. En cuanto al tema de la enseñanza, Bernadette Mérenne-Schoumaker, quien cuenta con casi 30 años de investigación en didáctica de la geografía, brinda información respecto a lo que es y lo que debería ser la enseñanza de la disciplina, específicamente en el nivel de enseñanza secundaria. Este texto es de suma utilidad para quienes estén considerando dedicarse a la docencia.

Al final de cada apartado se presenta una amplia bibliografía actualizada de gran valor para el lector que quiera adentrarse más en la temática. En todo el libro se incluyen un par de fotografías y algunos esquemas que resultan ilustrativos. El *Tratado de geografía humana* se puede leer de manera libre, no se necesita hacerlo de principio a fin.

La geografía humana enfrenta el reto y la obligación de generar y transmitir conocimiento que nos ayude a entender mejor a la humanidad, en particular en la relación entre ésta y su espacio, y a encontrar nuevas vías de solidaridad entre nosotros. El *Tratado* que he reseñado contribuye eficazmente a ese esfuerzo.